JOSE ROVIROSA

CEGAR PARA VER

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

CALLE DEL PRADO, NUM 24

1927

CEGAR PARA VER

Cegar para ver

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

JOSE ROVIROSA

Estrenada en el TEATRO FUENCARRAL, de Madrid, el día 14 de enero de 1927.

TALLERES GRAFICOS PIÑERA
MORATIN, 63
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMPARO PACHECO..........	Sra. Soto.
MARIA LUZ..................	Srta. Domínguez (S.)
PETRA LA JEREZANA.......	Sra. Intilini.
D.ª REMEDIOS...............	» Mendo.
D. EMILIO VILLALTA.......	Sr. Portes.
ROGELIO.....................	» Dafauce.
MARTORELL..................	» Espada.
EDUARDO.....................	» Barat.
ENRIQUE.....................	» Cornejo
MARIANO.....................	» Jiménez.

La acción en Madrid. Epoca actual. Por derecha e izquierda, la del actor.

ACTO PRIMERO

Salón de la casa de Rogelio Oliver; decorado; rico y de buen gusto; mobiliario lujoso y elegante. A la derecha, dos puertas que dan a otras dos habitaciones; a la izquierda, y en segundo términuo, una puerta pequeña que conduce a un dormítorio. En el ángulo de la izquierda una chimenea encendida. En todos los detalles, ambiente de riqueza y refinamiento.

(Al levantarse el telón aparece en el centro de la escena una mesa pequeña para tomar café tres personas. Son éstas, ROGELIO*, hombre de cuarenta años, de aspecto y modales distinguidos, el doctor* MARTORELL*, de algunos más de edad que el anterior, y* EDUARDO*, joven elegante, alegre y simpático. En la mesita además de ia taza, copas y botellas de champagne.)*

ROGELIO No contaba esta noche con su informalidad.

EDUARDO Algo le debe de haber pasado, si no hubiera enviado aviso.

MARTORELL Peor para él; se ha perdido una comida suculenta.

EDU. ¡Magnífica!

ROG. *(Mirando el reloj.)* No... no... las diez y media. Ese perdulario no viene. En fin, os lo comunicaré a vosotros. Me hubiera gustado que estuviese él también, pero no porque él no haya venido... Quiero que sepáis que esta es la última vez que nos vemos en esta casa.

EDU. ¿Te mudas?

ROG. Sí.

MAR. ¿Y por qué?

ROG. Vosotros creo que me habéis oido hablar de una finca que tengo a orillas del Mediterráneo.

EDU. ¿La posesión donde viviste a principio de tu matrimonio?

ROG. Justo. En las costas de Tarragona. «Els Pardals», como la bautizó mi mujer. Desde que ella murió no he vuelto a pisar aquel poético retiro.

EDU. ¡Ah vamos! Piensas pasar allí una temporada.

ROG. Una larga temporada.

MAR. ¿Solo?

EDU. Te morirás de tedio.

ROG. No voy a estar solo. Para eso os he reunido... para que sepais... que me caso.

MAR. ¿Cuando?

ROG. Mañana.

MAR. ¡Qué barbaridad!

EDU. ¡Ja, ja, ja! Le ha salido del alma.

MAR. Tiene razón este. Me ha causado tal sorpresa la noticia, que, en efecto, te he dicho una simpleza.

EDU. Nos lo has lanzado como un escopetazo.

MAR. Perdona y recibe mi felicitación.

EDU. Nuestra felicitación, querido Rogelio.

ROG. Muchas gracias. Y vosotros a su vez no atribuyáis a falta de confianza lo que es un arraigado criterio mio. Al revés de los demás, creo que el matrimonio en vez de estrechar los viejos lazos de amistades, es un gran disolvente de ellas.

MAR. Según.

ROG. De diez veces, nueve con la bendición nupcial, un gusanillo imperceptible que luego se agiganta, roe los afectos antiguos hasta reducirlos a polvo.

EDU. No siempre pasa eso...

MAR. Y entre nosotros.... Vamos yo espero que...

ROG. Mejor es, no obstante, afrontar las situaciones de la vida tal y como se presentan.

EDU. Respetando tu opinión, a mí, la verdad, me parece prematuro.

ROG. Por si acaso, demos por terminado el primer capitulo agradable de nuestra confraternidad, comencemos mañana el siguiente, y si Dios quiere que le continuemos juntos... bien, y si no.... ¡paciencia! *(Estrechándose las manos.)* Tengamos buena suerte todos.

EDU. ¿Pero es que no nos vas a permitir preguntarte nada? ¿Ni siquiera el nombre de tu futura?

ROG. Eso, querido Eduardo, pertenece al próximo capítulo. En él mi prometida se llamará la... Señora de Oliver.

MAR. *(Poniendo champagne en las copas y levantando la suya en ademán de brindar.)* ¡Vaya, pues, por el próximo capitulo! *(Brindan y beben.)*

ROG. Ahora con vuestro permiso, voy a escribir un par de cartas urgentes... Cuestión de un momento. Dispensadme, pero tengo una memoria tan fatal, que si lo dejo para mañana...

EDU. ¡Hombre, por Dios!...

MAR. ¡No faltaba más!

ROG. ¡Caramba, caramba' ¿Qué le habrá ocurrido a ese, que no ha venido? *(Mutis por la izquierda.)*

EDU. ¿Qué es esto?

MAR. Esto es que tiene razones especiales para presumir extrañeza en los amigos.

EDU. A este le ha atrapado alguna cocinera sensible.

MAR. O una mecanógrafa histérica.

EDU. Mal asunto.

MAR. En extremo desagradable.

CRIADO. *(En el umbral del foro.)* El señor Villalta... *(Se retira el críado después de entrar don Emilio.)*

MAR. ¡Hombre, gracias a Dios!

EMILIO. Decididamente llego tarde a todas partes. ¿Dónde está el anfitrión?

EDU. Escribiendo unas cartas.

MAR. Ahora sale.

ROG. *(Por donde hizo mutis.)* ¿Qué te ha pasado, mi viejo amigo?

EMI. No me riñas, y antes de sentenciarme, óyeme. Se me ahoga con un cabello. Una palabra algo fuerte me haría llorar.

ROG. Bien; pero a ti no te ha ocurrido nada, ¿verdad?

EMI. Nada, afortunadamente.

ROG. ¿Has comido?

EMI. Un pedacito de pescado, un pedacito de ternera y un pedacito de tocino de cielo.

EDU. Comida misteriosa...

MAR. Platos exóticos.

EMI. Si me dejáis explicar..., es decir..., si tú tienes que hacer...

ROG. Todo lo dejo por escucharte, mi viejo; ya saben estos lo impaciento que me has tenído. *(Se sientan.)*

EMI. Pues veréis. Serían las siete y media, cuando al disponerme a venir aquí, mi criada que me entrega una carta.

EDU. De ella...

EMI. Sí, señor; de ella.

MAR. Una ella joven, alta, esbelta, de ojos grendes, profundos, como a ti te gustan, socarrón.

EMI. No, no. Una ella anciaaa, bajita, encorbada, de ojos chiquitos y hundidos. La señora marquesa de Mendizábal. Su carta sólo decía: «Venga usted, don Emilio. Tengo un horrible disgusto.» Tomé un taxi y me fuí a casa de la Marquesa. Al llegar su palacio, ofrecía un aspecto desolador. Las criadas corrían, desorientadas, hacia todas partes; los criados, desorientados, corrían hacia las criadas, y

en medio del salón principal, la pobre Marquesa, derribada en una butaca, yacía presa de un ataque de nervios.

MAR. ¿Motivado por qué?

EMI. ¿Vosotros conocíais a Mario Mendizábal?

EDU. ¿El hijo de la Marquesa?

MAR. ¿Cuál? ¿Uno tonto?

EMI. Con esas señas tuvo tres la pobre señora. El diplomático.

EDU. Sí, hombre, sí; ¡no lo hemos de conocer!

ROG. ¿Qué le ha ocurrido?

EMI. A las diez de la mañana, ha pasado a mejor vida.

MAR. ¿Se ha muerto?

EMI. No, hombre, no. Ha pasado a mejor vida. Se ha casado.

ROG. ¿Con quién?

EMI. Con Petra «la Jerezana».

EDU. ¿Es posible?

EMI. Un matrimonio fulminante. En un momento en que el ilustre prócer debía estar como una cuba, es indudable que lo ha cogido por su cuenta y lo ha llevado al altar. Y como el ilustre prócer está como una cuba en cualquier momento, y Petra es de una solera que atonta, con lo tonto que es él, su mareo habitual y la tontería de la Jerezana, pues que lo ha *cazao* a él y se ha *cazao* ella.

ROG. ¿Y cuando lo ha sabido la marquesa?

EMI. A las cinco de la tarde, por-una carta qne le ha mandado el niño. Lo que yo no me explico es para qué se han casado. Yo, acerca del matrimonio profeso mis teorías. Sí, sí. No me miréis con esos ojos espantados. ¡Mis teorías! Creo que cada uno tiene derecho a querer a la elegida de su corazón con entera independencia y libertad de lugar y de momento, porque ese es el verdadero

amor y no el otro, el que pase lo que pase y venga lo que venga, por fuerza ha de caber en la estrecha jaula del matrimonio. Pero señor, ¡si ocurre con los animales que tienen mucha más inteligencia que las personas!

EDU. Algunos, no todos.

EMI. A ver si sois vosotros, también, los que creeis que hay un Dios para las hormigas y otro para los hombres. Dios lo hizo todo. Lo bueno y lo malo, las hormigas y los hombres. Bueno, pues que vaya el macho de determinada especie, a hablarle de amor a su compañera, cuando no es para ella aún la época de los idilios amorosos. ¡Menudo picotazo recibe! Y llega el momento de amar, y las hay que por amar, ¡pierden la vida!

MAR. Como todos los viejos, tienes ideas verdaderamente estrafalarias.

EMI. Pero si hasta cuando el instinto les manda querer, son tan sabios los animales que mudan de pareja.

ROG. No todos, tampoco.

EMI. Hablo de los animales sabios.

EDU. Eso lo hacemos también nosotros. Los de dos patas.

EMI. Pero nosotros, lo hacemos por vicio, por maldad o por innata predisposición a faltar a todo lo que implica impedimento, y ellos lo hacen por ley de amor.

ROG. ¡Qué loco estás, mi viejo!

EDU. ¿Entonces tú, por eso no te has casado?

EMI. Ni pienso casarme por ahora.

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

EMI. La vida, vosotros lo sabeis tan bien como yo, es una humorada trágica, dividida como las antiguas tragedias en tres jornadas. Primera jornada de

aventuras del hombre soltero, segunda jornada, ídem del hombre casado, y tercera, ídem, ídem del inconsolable viudo. Las aventuras amorosas, surgen en las tres jornadas por que las hijas de Eva nos seducen en todo momento. Desde los tiempos misteriosos de que nos habla el Génesis, una voz invisible las cuchichea..¿Queréis pecar? y ellas responden siempre, ¡si! Y pecan y nos hacen pecar, lo mismo la que anda con ritmo suave, que la que camina con paso de gañán, la que tiene música en su voz y acaricia hasta cuando en su timbre hay enojo, que la que habla como sochantre acatarrado, la de abundante y sedosa cabellera de olor a bosque virgen, que la que peina la meleua a lo paje y apesta a opoponax, porque la vida prometedora no acaba nunca de dar lo suyo. Y lo suyo son mujeres y mujeres... feas, bonitas, esbeltas, patizambas, pero todas con algo tentador. Y como las aventuras son iguales en las tres jornadas, yo os juro solemnemente hasta mi segunda centuria, no contraer matrimonio.

ROG. ¡Lo dicho! Eatás como una espuerta.

EMI. ¡Oh! y si el matrimonio no fuese lo que es.. Más claro... si el amor fuera libre, o tendríais los maridos que cegar para ver, y al decir tendríais, conste que hablo en general.

MAR. Oye, oye, explícate... ¿qué es eso de cegar para ver?

EMÍ. Pues que ojos que no ven...

MAR. Corazón que no siente, dice el adagio, pero olvidas que hay una cosa que se llama honor.

EMI. Pare vuestra merced la jaca y déjela que haga lo que tenga que hacer, que ha comido berros. El honor, como todo en la vida es una cosa muy acomodaticia... y... ¿a qué vamos a engañarnos? El

que ciega, ve lo que le atañe, como le acomoda y es feliz. Y eso es la vida. Empeñarnos cada uno en no ver las cosas más que como nos conviene y para verlas como nos conviene, ¿qué hacemos más que cegar y, ciegos, soñarlas a nuestro antojo y capricho?

ROG. A lo que has ido a parar con tus filosofías.

EDU. A propósito del matrimonio de Mario Mendizábal, con Petra la Jerezana, sí que ha sido salto, amigo,

MAR. Bueno; diréis que he venido en el corto de Toledo. Perdonad mi ignorancia y decidme: ¿Quién es Petra la Jerezana?

EMI. Pues verás... Petra la Jerezana... pertenece a esa clase de mujeres, que nombrarlas significa para el que las conoce, tanto como una filiación completa, y, sin embargo, se encuentra uno perplejo para hacer de ellas un perfecto retrato, ¿no es así?

EDU. De acuerdo, abuelo.

EMI. Lo mismo puede haber nacido en una portería de Jerez, que en un hórreo gallego. De eso se sabe tan poco, como del texto de una inscripción en el Registro Civil. Dice que es jerezana, ¿y por qué no creerla? A las mujeres como Petrilla hay que creérselo todo..., si no... ¡adiós ensueño! ¡Se acabó la ilusión!...

ROG. Su físico está descrito en cuatro palabras; no hay criatura de más prodigiosa belleza ni de aspecto más señoril.

EMI. Lo verdaderamente difícil es describir su contextura moral. ¿Emociones? ¿Afectos? ¿Impulsos? Sería mucho exigir a ese vulgar fantoche..., y la tal tiene una amiguita..., esa si que es una moza, guapa, de ojos grandes, profundos, una artista de circo. Nos dicen que es una mujercita muy seria y muy formal; otros, que es una mujer mundana;

los fanfarrones de la vida, para quien no hay suceso en que ellos no intervengan, mujer que no conquisten, secreto que no conozcan, relato que no escuchen ni novedad que no presencien...; otros, en cambio, aseguran que es una inexpugnable fortaleza de granito, con alma como los muros de Porcia, y corazón del mismo mármol que las columnas del templo de Hércules... ¡Vaya usted a sabér cuál está en lo cierto! Y yo, por no ser menos que los demás, la definiría una criatura enigmática y misteriosa con sonrisa de cortesana, flirt de mujer fácil, genialidades de cocotte, acciones de santa y rebeldías de virgen... ¡Una mujer extraña!

ROG. Y tú, que crees, ¿que es buena o mala?

EMI. Ni lo sé ni me importa. ¿Que dicen que es una mujer de rum, rum, peligroso, para el hombre que se case con ella?, allá el.

ROG. ¿Por qué?

EMI. Porque entienden que vivirá siempre envuelto en un eterno equívoco. Y si Amparo Pacheco quiere ser feliz, no le queda más que un camino.

ROG. ¿Cuál?

EMI. Puesto que a la gente le ha dado por afirmar que es una aventurera, darle razón a la gente.

ROG. ¡Magnífica teoría moral! Anda, anda, di a Pedro que te dé de cenar; voy a escribir unas cartas que iba a empezar cuando viniste. Cuestión de unos minutos; mientras, que te comuniquen estos lo que pasa. Decídselo, haced el favor. *(Mutis por la izquierda.)*

EMI. ¿Qué pasa?

MAR. *(Bajanod la voz.)* Cierra esa puerta. *(Señalando la*

puerta por donde ha hecho mutis Rogelio. Don Emilio cierra.)

EMI. Ya está.

MAR. El matrimonío flota en el ambiente.

EMI. ¡Ah! ¿Sí? Bueno.

MAR. Mañana se celebra otro que nos interesa más que el del primogénito de la marquesa de Mendizábal.

EMI. ¿Otro matrimonio? ¿Cuál?

EDU. El de Rogelio...

EMI. El de Roge... *(Sin acabar la palabra, dominado por la sorpresa, y mirando a Eduardo y al doctor.)*

MAR. Lo que oyes, se nos casa.

EMI. ¿Y con quién?

EDU. Ese es su secreto.

MAR. No nos lo ha querido decir.

EDU. Sostiene la teoría de que el matrimonio divorcia al hombre de sus amigos.

MAR. Indirectamente se ha despedido de nosotros.

EMI. No diré yo tanto.

EDU. Si, si. Ha sido una despedida solemne y definitiva.

EMI. Dadme un cigarro. Dadme una cerilla... Dadme más detalles, hacedme el favor... *(Le dan lo que pide.)*

MAR. Pues nada, que nuestro amigo, envuelve a su prometida en un denso velo.

EDU. Un velo impenetrable.

EMI. A ver si, al volverse ahora a casar, hace la segunda tontería.

MAR. A mi me ha contado que no fué muy feliz en su primer matrimonio.

EMI. No lo fué mucho, no. Se casó ahora hará unos veinte años, con una mujer preciosísima. Una figura de alabastro revestida de terciopelo negro.

MAR. Sin embargo tenía entendido que la figura de alabastro era un témpano de hielo.

EMI. Pero primorosamente esculpido y pulimentado. Una de esas mujeres que secan los labios del que las besa. Se casaron, se fueron a viajar por Europa, y cuando al cabo de algunos cuantos meses regresaron, comprendí que Rogelio amaba a su mujer, sin ser feliz.

EDU. Por lo visto, el témpano de hielo no había logrado derretirse con el calor de las ilusiones.

EMI. Como que yo me imagino a Rogelio en aquellos primeros días de su matrimonio, cerrando cuidadosamente todas estas puertas y encendiendo al rojo vivo la chimenea para ver si aquellas doradas facciones se distendían a la alegría de vivir, y alegraba el rostro de la preciosa esfinge. Pero ¡ca! Por leña que consumiese el fuego, el termómetro amoroso de esta casa jamás registraba temperaturas superiores a diez grados.

EDU. ¿No tuvieron una hija?

EMI. Sí... Sin darse cuenta ninguno de los dos de ello, la columna termométrica pasó de diez grados, y la cigüeña del amor trajo en el pico a María Luz.

MAR. A partir de aquel entonces, las cosas empeoraron. Invadida la señora de Oliver por súbito fervor místico, convirtió su tocador en un oratorio, y sus galas en sencillos hábitos, y cuando la pequeña María Luz, cumplió cinco años, obligó a Rogelio a llevarla interna a un colegio religioso de Santander. Para terminar, lo que no consiguió su marido lo consiguió el fanatismo. La señora de Oliver murió de fiebre de amor religioso.

MAR. Y él, ¿la amó hasta el fin?

EMI. Como el primer día.

EDU. ¿Y la niña?

EMI. En el Colegio de Santander continúa. La mujer, en «artículo mortis» le exigió que completase allí su educación religiosa, y, además, yo al menos se lo había oído decir a Rogelio, parece que siente bastante vocación. Tengo entendido que dentro de un par de meses tomará el velo.

EDU. ¡Silencio! El.

ROG. *(Por la izquierda.)* Ya he concluído. Perdonadme, ¿eh? *(Durante el anterior relato de don Emilio, Martorell se ha sentado junto a la chimenea para calentarse. En cambio Eduardo se ha tendido a la larga en el sofá. Rogelio al aparecer, se acerca a uno y otro.)* ¿Le habéis contado a éste?...

MAR. Sí.

ROG. Te habrá sorprendido...

EMI. Yo nunca me sorprendo por nada, y cuando me sorprendo, no me doy por sorprendido. Lo único que has hecho es excitar mi curiosidad. ¿A qué ese empeño en ocultarme el nombre de la señora a cuyos pies deseamos ponernos cuanto antes?

EDU. Respetemos su firme resolución, viejo amigo. Querido Rogelio... salgo mañana a primera hora de Madrid, y tengo esta noche que arreglar aún algunas cosillas. Mi parabién, y hasta que Dios quiera.

MAR. *(Que al entrar Regelio se habrá levantado del sofá.)* Lo mismo digo. Mis deberes profesionales me reclaman, y antes de acostarme tengo que hacer una visita.

ROG. Como gustéis. *(Toca un timbre, apareciendo el* CRIADO.*)* Los sombreros y los abrigos del doctor y de don Eduardo. *(Se retira el* CRIADO.*)*

EDU. *(Aparte, a don Emilio.)* ¡Quédate! Muestra deseos de hablar a solas contigo. Por eso nos vamos.

MAR. ¡Que seas feliz!

EDU. De corazón te lo deseo yo también.

ROG. Gracias a los dos.

MAR. Te espero a comer el domingo, viejo cuco.

EMI. Iré..., si estoy en Madrid. Ya sabes mi teoria. No se debe envejecer en ninguna parte. *(Mutis de* MARTORELL *y* EDUARDO *por el foro. Rogelio les acompaña hasta la puerta. Don Emilio se sienta frente a la chimenea. Rogelio los despide por última vez, con la mano, y baja al proscenio.)*

ROG. ¡Querido Emilio! Tú mejor que esos conoces mi pasado.

EMI. Supongo que a mí me dirás quién es tu prometida.

ROG. Sí; pero antes te ruego que me escuches con atención y que seas conmigo franco, rudc, brutal, si es necesario.

EMI. Chico, ese tono me alarma...

ROG. Me he despedido solemnemente del doctor y de Eduardo. Mi invitación de esta noche no tuvo más objeto que ese. Concluir con un bríndis nuestra amistad.

EMI. No te entiendo.

ROG. Me refiero solo, a Eduardo y al Doctor, porque tú eres libre; si estuvieses también casado, a ti, como a ellos me referiría.

EMI. Perdona, pero sigo sin comprenderte.

ROG. Mi primera mujer, tú lo sabes, fué mi único amor, pues en la vida, ese es el único amor que hay. El primero.

EMI. ¿Tú crees?

ROG. No puede, no debe haber otro. Al perderle se entierra con él la verdadera ilusión del amor: creemos que amamos más de una vez, y no es cierto, amamos una vez y nos encaprichamos muchas. Pero hombre al fin, he sentido el deseo de sabo-

rear mieles, al verdadero amor muy parecidas, y me he encaprichado de una mujer, con menos mesura de la que conviene encapricharse, y a la evocación de los encantos del amor primero, del amor ideal, he caido en la tentación de dejarme cautivar por los engaños del amor.

EMI. ¿Y quién es? ¿La conozco?

ROG. Debes conocerla, cuando hace un momento la definiste. Una criatura enigmática y misteriosa, con sonrisa de cortesana, flirt de mujer fácil, genialidades de «cocotte», acciones de santa y rebeldías de virgen.

EMI. ¡Rogelio!

ROG. Solo te resta decirme de esa mujer, lo que sepas de ella, que los demás no hayan inventado.

EMI. Pero es...

ROG. Amparo Pacheco... ¡sí!... ¿qué sabes de ella? te repito.

EMI. Te juro, como me he de morir, que nada sé de la vida íntima de esa mujer; de ella solo se sabe lo que nos ha referido en sus intervius y en su camerino, y no dudes que como hombre de sociedad que eres, tienes que vivir pendiente del qué dirán, del juicio de los demás y del comentario ajeno. Me pediste que fuera contigo franco, rudo, brutal si era necesario. Como ves lo soy. Nuestra amistad exije que lo sea. Además, te olvidas de que tienes una hija, que ya es una mujer.

ROG. Piensa profesar.

EMI. Debes evitarlo.

ROG. Son sus inclinaciones.

EMI. Porque desde los cinco años, no está rodeada más que de monjas, ni ha visto ni oido otra cosa que estampitas y cromos sagrádos y excitaciones al recogimiento y a la clausura. Pero sácala del

convento donde está de novicia, hazla que vea mundo, que se entere que es una mujer dotada de encantos y atractivos, y si después de sentir pasar por su lado el amor, no palpita su corazón con deseos nobles y legítimos y de su mente no se borra el recuerdo del claustro y la oración, entonces, sí, accede a ello gustoso y convencido.

ROG. Su vocación, es firme.

EMI. Razona tu egoismó.

ROG. ¿De modo que condenas mi conducta?

EMI. Con toda la sinceridad de mi alma.

ROG. Pues a pesar de ello, me caso.

EMI. ¡Allá tú! Te he dicho lo que te debía decir. ¿Lo has participado a tu hija?

ROG. Nada. Mañana después de la boda, le pondré un telefonema, diciéndole que voy a verla. Iré a Santander a darle un beso, y se lo diré.

EMI. ¡Pobre muchacha! ¿Y a esos les has dicho?...

ROG. Nada más que me caso, que cambio los artificios de la verdad y la ciudad, por las verdades de la naturaleza, y que... (*Mirando hacia el foro.*) ¿Cómo? ¿Ella aquí? ¡Amparo!

EMI. ¿Amparo?

ROG. Si. Sal por esta puerta, has el favor; al momento soy contigo. Me extraña esta visita.

EMI. (*Mirando de reojo y haciendo mutis por la izquierda.*) Las once y media. No debe tardar ya.

AMP. (*Entrando.*) ¡Rogelio! ¡Rogelio!

ROG. ¡Amparo!... Has dudado de mi palabra y estabas segura de sorprenderme.

AMP. No lo creas.

ROG. ¿Es que pensabas encontrarme cenando con alguna mujer?

AMP. ¡Ojalá!

ROG. ¿Tan poco me amas?

AMP. Por eso que te amo, hubiera deseado encontrarte con ella.

ROG. ¿Con quién?

AMP. Con una rubia, morena, alta o baja, como hubiera sido. ¡Mira Rogelio, aun tienes tiempo.

ROF. No insistas.

AMP. Medítalo esta noche.

ROG. Lo tengo meditado.

AMP. Medítalo más.

ROG. ¿Para qué?

AMP. Quiero serte absolutamente sincera, que sepas mi historia, tal cual soy, por si de ella te aumentaron los demás, o te han omitido algún detalle los que te la contaron.

ROG. ¿Y a qué ese empeño en atormentarte y atormentarme? El ayer, ha muerto. No te obstines en recordarlo. Cerremos los ojos al pasado y seamos felices viendo el presente, grato, dulce y encantador. Cegar para ver, que dice mi viejo amigo. El porvenir no puede tener ya para nosotros, mas que un nombre: Felicidad.

AMP. Lo que tú quieras. Por todos los medios he procurado llegar a convencerte de que puedo ser tu mujer fatal.

ROG. ¿Y yo tranquilo ya de todo, te respondo: «No me importa».

AMP. Comprende que soy para ti una mujer desconocida, una artista de la que no sabes nada más que que lo que he querido contarte.

ROG. Perfectamente. Supongamos que lo que voy hacer es una simpleza, una tontería. ¿No tengo derecho, a los cuarenta años, libre como soy, de correr una aventura, tonta o divertida, audaz o vulgar?...

AMP. No eres libre, Rogelio. Tienes una hija de tu pri-

mer matrimonio, que casi es una mujer. Considera que esa hija recordará siempre a su madre.

ROG. No la puede recordar. Murió cuando ella tenía cinco años.

AMP. No importa. Creerá recordarla, y puede llegar a odiarme y hasta llegar a maldecirme.

ROG. Hablas como si todo lo que dices tuviesen que ser hechos fatales.

AMP. Pueden serlo. Contra ellos debes prevenirte.

ROG. *(Levantándose.)* Hasta mañana y que Dios nos haga a los dos muy felices. *(Entusiasmado la contempla un instante, estrechando sus manos apasionadamente.)*

EMI. *(Con algún azoramiento, entra por la puerta del foro.)* Perdone usted, señora... Un momento, Rogelio...

ROG. ¿Qué pasa?

EMI. Con permiso de doña Amparo.

AMP. Sí... sí...

EMI. *(A parte, a Rogelio.)* Tu hija está aqui.

ROG. *(Aparte, con asombro y contrariedad.)* ¡Mi hija!

EMI. Acaba de llegar de la estación. Viene acompañada por dos monjas. Convendría que viese aquí a la que va a ser su madrastra, sin prepararla tú antes.

ROG. ¡Amparo!

AMP. ¡Algo desagradable!...

ROG. No...; pero ten la bondad de pasar a esta habitación. *(Señalando la habitación de la derecha.)* Dentro de un momento entraré a explicarte...

M. LUZ. *(Dentro.)* ¡Papaíto! ¡Papaíto!

AMP. *(Comprendiéndolo.)* ¡Oh! *(Mutis derecha.)*

M. LUZ. *(Entrando foro.)* ¡Papá de mi alma! *(Se abrazan.)*

ROG. ¿Pero a qué has venido? ¿Qué ha pasado?

M. LUZ. Mamá, que convencida desde el Cielo, que no tengo vocación religiosa, se me ha aparecido en sueños y me ha mandado que vuelva aquí y no te abandone nunca; los dos rezaremos por ella. ¿Y

usted también rezará con nosotros, verdad, don Emilio? *(Desasiéndose de su padre, que, anonadado, no hace más que mirar por el sitio qne hizo mutis Amparo, y colgándose del cuello de don Emilio.)* ¿Seguirá usted siendo tan bueno para mí como antes?

EMI. ¡Mucho más si es preciso!

M. LUZ. *(Aparte, a don Emilio.)* No he llegado a tiempo, ¿verdad?

EMI. *(A parte.)* ¡Creo que no, hija mía!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Salón en la quinta de Rogelio, «Els Pardals», en las costas del Mediterráneo. Mobiliario elegante, de colores claros. Al foro, balcón corrido, que da al mar, viéndose a lo lejos la franja azul de las aguas. Puerta a la izquierda y un «hall» a la derecha. El sol penetra por el balcón. En primer término, una mesa dispuesta para el desayuno.

(ROGELIO *y* AMPARO, *están desayunando al comenzar la acción. Un* CRIADO, *sirve la mesa. Pequeña pausa. Rogelio se levanta, dirigiéndose al balcón.)*

ROG. ¡El sol! ¡El mar! ¡La primavera!

AMP. *(Mirando el reloj.)* Justos cinco minutos.

ROG. ¿Cínco minutos?

AMP. Sí, querido Rogelio. Hace cinco minutos que me dijiste esas mismas palabras.

ROG. Perdona, si con ello te he molestado. ¿Has visto hoy a María Luz?

AMP. Tu penúltima observación también se ha referido a lo mismo. A María Luz. *(Fríamente.)*

ROG. ¿De qué quieres que te hable, entonces?

AMP. Según me ha dicho Pedro, se desayunó muy temprano y se fué por esos campos, con su perro.

ROG. Con tal que se haya abrigado bien. No hay que fiarse de este sol.

AMP. ¡Y pensar que anoche estuve contigo en el jardín, llevando zapatos de raso, y no se te ha ocurrido hacerme la más pequeña advertencia!

ROG. Ciertamente.

AMP. ¡Lo dices de un modo!...

ROG. Es que parece que te complaces en mortificarme.

AMP. ¡Qué tonta soy! ¿verdad? *(Yendo hacia Rogelio, y*

acariciándole con ternura.) Te prometo enmendardarme. *(Mirando una carta abierta que ha dejado Rogelio, sobre la mesilla.)* ¿Quién te ha escrito?

ROG. La Señora de Mendoza.

AMP. ¿La señora de esa casa, cuyas chimeneas tenemos el honor de contemplar a todas horas?

ROG. Sí.

AMP. En vez de escribirte, bien podía haber venido a visitarnos, haciendo como hace, dos meses que pusimos la planta en este encantador cementerio.

ROG. Eso me dice en su carta. Que la perdones y que hoy vendrá a hacerlo.

AMP. *(Volviendo a su asiento.)* Me consta que esa antigua amiga tuya y de tu primera mujer ha hecho causa común con los demás habitantes de estas soledades, para rodearme de una atmósfera de desprecio, pero estoy vengada. Tiene encima el peso de sus cincuenta años. No puede sucederle cosa peor a una mujer.

ROG. *(Acercándose a ella con mimo.)* ¡Ah cabecita destornillada! ¡Chiquilla caprichosa!... ¿qué quieres que yo haga, para que estés contenta, vamos a ver?

AMP. Nada. *(Rogelio se aparta de ella, pensativo, y se dirige a un pequeño bureau, colocado a la derecha. Al dejar la carta, llama su atención, un sobre que hay encima de la mesa.)*

ROG. *(Cogiendo el sobre.)* ¿Has escrito a alguien?

AMP. *(Dirigiéndole una mirada rápida.)* Si... cuatro líneas.

ROG. A Petra. ¿Y para qué?

AMP. Es otra buena antigua amiga mía. Ayer recibí carta suya. Me dice que ha hecho con su marido un viaje por Italia, y que es completamente feliz.

ROG. *(Irónicamente.)* La verdad es que son unas noticias interesantísimas.

AMP. ¡Pobre Petra! Siempre la maltratas, y tan excelen-

te muchacha como es... Desde que se casó ha cambiado mucho... Ahora es una verdadera aristócrata.

ROG. *(Con gesto de disgusto.)* ¡Oh!

AMP. Tu eterno gesto de disgusto, cuando hablo de esa amiga mía... Pues es la esposa del duque de Mendizábal... y hoy... una mujer honrada. ¿Qué inconveniente hay en que me trate con ella? ¿No estamos en la misma condición?

ROG. *(Arrojando con más disgusto todavía, la carta encima de la mesa.)* ¡Amparo!

AMP. Puesto que te molesta, no hablaré tampoco de ella. *(Cogiendo la carta que acaba de soltar Rogelio.)* Pero debo advertirte que en esta carta, invito al matrimonio a que pasen unas semanas con nosotros.

ROG. Antes de hacerlo, debiste consultármelo. Menos mal que no la enviaste aún.

AMP. ¿No es él un buen amigo tuyo?

ROG. El es diferente.

AMP. No sé porqué... pero en fin, puesto que así tu lo quieres, me moriré de aburrimiento. *(Se levanta impaciente, dirigiéndose a un jarrón, de donde toma unas flores que se coloca en el pecho.)* Si qué es encantadora mi existencia. El programa cotidiano, no puede ser más variadísimo. *(Con importancia irónica, al referirse a todos los actos que durante el día realiza.)* Por la mañana, si hace buen tiempo, paseo hasta el pueblo. Luego a almozar, tú María Luz, y yo en esta mesa..., ¡siempre solos! Por la tarde lectura de novelas y periódicos... Al regreso de las sombras de la noche la comida, con los mismos comensales de la mañana... Tú, María Luz, y yo... Luego, durante la velada, a jugar al «bezique» nosotros y María Luz a leer sus libros predilec-

tos... Todo amenizado, con un bostezo tuyo, otro mío, y un suspiro de María Luz... Final: tres figuras que se levantan como movidas por un resorte, que se dicen «Hasta mañana»... y se acabó...

ROG. Si el programa te disgusta, en adelante...

AMP. En adelante, pueden venir a visitarnos, si quieres, nuestros rancios vecinos... y así pasarán los años, hasta que nos convirtamos en pasas, unas pasas completamente respetables...

M. LUZ. *(Por la derecha. Viste elegante traje de mañana.)* Buenos días, papá; buenos días, Amparo. *(Amparo da un beso y un abrazo a María Luz, que son devueltos por ésta friamente.)*

AMP. Buenos días, María Luz. *(Pausa obligada por el silencio de los tres personajes.)*

M. LUZ. *(Echándole los brazos al cuello de su padre, aprovechando el momento en que Amparo se dirige pausadamente al balcón.)* ¿A que no sabes donde he estado?

ROG. *(Acariciándola tímidamente.)* Me lo dice la ramita que cuelga de tu vestido.

M. LUZ. *(Quitándose la ramita.)* Hemos ido Boby y yo hasta los zarzales... El pobre se ha clavado una espina en el hocico. Voy a buscar unas pinzas para curarle.

ROG. *(Deteniéndola y bajando la voz.)* ¡María Luz!... Amparo está triste y malhumorada porque dice que no tiene a nadie que le acompañe.

M. LUZ. *(Aparte.)* ¿Y yo qué voy a hacerle?... *(Alto.)* Si quieres la invitaré a dar un paseo hasta el pueblo...

ROG. Pero díselo tú.

M. LUZ. Antes voy a curar a Boby. *(Mutis rápido por la derecha.)*

AMP. *(Volviendo la cabeza hacia donde está Rogelio y que-*

dándose mirándole unos instantes.) ¿Habéis terminado vuestra conferencia?

ROG. ¿Qué conferencia?

AMP. Os he oído... Vuestro cuchicheo era como un puñal que me clavaban por la espalda...

ROG. Esto ya es insufrible, Amparo... ¡Insufrible!

AMP. *(Sentándose en una otomana, nerviosa e impaciente.)* Es que estoy celosa, Rogelio, y los celos no pueden dominarse... Para ella son todas tus atenciones, todas tus miradas, todo tu cariño .. Sí lo comprendo... si debía ser, si tenía que ser a la fuerza. De las dos clases de sentimiento que exísten, el amor que se profesa a la mujer que se respeta, y el amor que se siente por la mujer que se ama, María Luz me usurpa el primero...

ROG. No sabes el alcance de tus palabras...

AMP. Pero sé lo que siento. Te amo a ti, y es tu María Luz la que me roba tu cariño... Amo a tu hija y, ella no quiere corresponderme. Soy una mendiga de amor y ella una mujer insensible. *(Suplicante.)* ¿Por qué no me ayudas a conquistar su cariño?

ROG. ¿Que te ayude? ¡Qué cosas dices!

AMP. Si tú la inculcas de corazón que debe quererme, ella te obedecerá. Deseo su cariño.., Pero no ese cariño superficial que me finge, sino un cariño, sin reservas, sin desconfianza, profundo y verdadero.

ROG. Te lo tendrá. Yo te lo aseguro.

AMP. ¿Me lo prometes?

ROG. Si tú me prometes no mandar esa carta que has escrito a Petra...

AMP. *(Sumisa, cogiéndole la mano.)* Haré cuanto quieras, cuanto me pidas.

ROG. No debemos colocar a nuestra santita, a nuestra inmaculada María Luz, junto a esa mujer.

AMP. *(Separándose de Rogelio, con un gesto de ira.)* ¡Ah, vamos! ¡Era por ella! ¡Siempre ella! *(Rogelio, no pudiéndose contener, y para evitar responder algo inconveniente a Amparo, con un gesto también de marcadísimo disgusto, desaparece por la izquierda.)*

M. LUZ. *(Entrando al mismo tiempo por la derecha.)* ¿Qué le pasa a mi padre? ¿Está enfadado conmigo?

AMP. Tranquilízate. Soy yo la causa de su mal humor.

M. LUZ. ¿Tú?

AMP. *(Muy nerviosa.)* ¡Estoy tan celosa!

M. LUZ. ¿Celosa? ¿De quién?

AMP. De ti... *(María Luz inclina la cabeza en silencio.)* ¿Por qué no me quieres, María Luz?

M. LUZ. *(Fríamente.)* Si te quiero...

AMP. No me quieres, no... Me respetas nada más...

M. LUZ. Quererte, como tú quieres que te quiera, no puedo quererte, Amparo... Al corazón no se le manda. Quizás con el tiempo... A mi padre comencé a quererle hace poco.., cuando me dí cueuta de la gran bondad que encierra su alma.

AMP. Te hablo como en mi vida he hablado a ninguna mujer. No seas cruel conmigo. *(María Luz se aparta silenciosa y pausadamente de Amparo, sentándose en una butaca.)*

M. LUZ. No puedo Amparo, no puedo.

PED. *(Por la izquierda.)* ¡Don Emilio Villalta!

AMP. ¿Don Emilio?

M. LUZ. *(Muy contenta, saltando y palmoteando.)* ¡Don Emilio! ¡Don Emilio aquí! ¡Ay, qué gusto! ¡Qué alegría!

EMI. *(Por la derecha. Traje de viaje.)* Señora. *(Saludándola.)* Visita más inesperada...

AMP. Ciertamente, pero no por ello, menos agradable.

EMI. ¿Qué hay, muñeca? Desde la estacion te he visto corretear por estos alrededores.

M. LUZ. ¿De veras? Pues yo no le he visto a usted.

EMI. Ninguna mujer joven y bonita, se da cuenta de la proximidad de un hombre que pasa de los treinta años. ¿Y Rogelio?

M. LUZ. Voy a decirle que está usted aquí. ¿Sabía que iba usted a venir?

EMI. No. He querido darle esta sorpresa.

M. LUZ. Pues corro a avisarle... Que preguntan por él, nada más. *(Mutis izquierda.)*

EMI. ¿Qué hay, doña Amparo?

AMP. Nada, don Emilio; un poquito de aburrimiento.

EMI. Me lo figuraba.

AMP. Si, don Emilio, si. Sé que es usted un hombre todo sensatez y reserva, en quien puede confiar una mujer apesadumbrada como yo, y lo hago sin temor ninguno.

EMI. Muchas gracías, señora.

AMP. Vivo en una perpetua tortura.

EMI. ¿Y eso?

AMP. Rogelio le hablará a usted seguramente de mí. Por la gran amistad que tienen ustedes dos, no es nada extraño le haga a usted alguna confidencia. A ella me adelanto, y si tengo razón le ruego interceda por mí.

EMI. Con mucho gusto, señora.

AMP. No soy feliz, don Emilio.

EMI. Era de esperar...

AMP. Echo de menos...

EMI. ¡El pasado!

AMP. Mi existencia pasada, si señor. Mi existencia aventurera si usted quiere, pero alumbrada por la luz de una esperanza, ¡que ha muerto!

EMI, Y para verla no le queda a usted más remedio que cerrar los ojos.

AMP. ¡Cegar para ver!

EMI. Lo que hace usted es soñar que ve.

AMP. ¡Soñar! ¡Esa es la palabra!

EMI. ¡Mi eterna teoría! ¡Cuántos se burlaron de ella! Rogelio fué uno de ellos. Si mentalmente pudiéramos cegar, esto es, olvidar ¡qué felices seríamos! Tengo ideas muy absurdas, ya lo sé. Por eso me quedaré como la mayoría de las feas. Para vestir imágenes. En cambio no tendré necesidad de cegar para ver, y eso saldré ganando. Porque para ver las cosas, con el engañoso color de rosa de la mentira, ¿a qué cegar? ¿Verdad, doña Amparo?

AMP. También tiene ustad razón. Me ha convencido. De momento, pero me ha convencido.

EMI. Y usted lo que desea de mí es...

AMP. Que... Silencio. Rogelio se acerca.

ROG. *(Entrando muy contento por la izquierda.)* ¡Emilio!

EMI. ¡Rogelio! *(Se abrazan.)* Perdóname.

ROG. ¡Perdonarte! ¿De qué?

EMI. He tenido que ir a Tarragona a arreglar un asunto de familia, y no he sabido volver a Madrid, sin haceros una visita.

ROG. Pero te estarás unos días con nosotros.

EMI. Pocos tendrán que ser.

AMP. El tiempo que pueda usted soportar este destierro.

EMI. Junto a ustedes me parecerá un lugar paradisiaco. Agradecido a la invitación.

AMP. Nada de agradecimiento. Voy a encargar los mejores pescados y las mejores frutas para obsequiar a usted dignamente. Vuelvo enseguida. ¡Qué felicidad! ¡Tener algo en que ocuparme! *(Mutis izquierda.)*

EMI. *(Después de una pausa corta.)* ¿Qué tal os va?

ROG. ¡Mal! Mi mujer, contra lo que yo esperaba, muestra un gran cariño por María Luz.

EMI. ¿Y eso te contraría?

ROG. Porque no es correspondido, y siente por ella unos celos a veces violentos, a veces infantiles. Y cuando trabajo para conquistar hacia mi mujer el cariño de mi hija, dudo si debo evitar que permanezcan juntas. Porque amo a la una con más amor del que creí llegar a tenerla; y la otra es mi vida, mi sangre, mi ilusión. No sé que hacer, Emilio, no sé que hacer.

EMI. Primero, tranquilizarte. Después, convencerte de que vives en un error.

ROG. ¿Cuál?

EMI. El de suponer que María Luz ha de atravesar el lodazal de la vida sin que manche el borde de su blanca túnica las inevitables salpicaduras.

ROG. Para todo tienes teorías extrañas.

EMI. Prácticas de la vida, que tú, al venir a este paraíso, has olvidado. De todas las formas de la inocencia, la pureza de la ignorancia es la menos admirable. Deja que tu hija vaya y venga, que sufra y se caldee en el ambiente social; pero en el de la ciudad, no en el de aquí, que allí está su orientación y su destino.

ROG. La expongo a conocer el pasado de mi esposa.

EMI. ¡Ah! ¿Te convences como no es posible cerrar los ojos al pasado y ver nada más que el presente? Haz lo que te digo. Conviene que María Luz sepa el pasado de Amparo, para que comprenda mejor el valor del cariño que os tiene a ti y a ella.

ROG. No llegará a comprenderlo nunca.

EMI. Pues a eso ha de ir encaminado tu mayor esfuerzo. A conseguirlo, en bien de Amparo y de María Luz.

ROG. Bueno, y ¿qué se dice de mí, en Madrid? ¿O ya me olvidaron *todos* los amigos?

EMI. Todos, no, puesto que viene uno a verte.

ROG. Entiéndeme...

EMI. Tus amigos, como tú los llamas, y tus amigas, como se llaman ellas, te echan de menos. Remedios, anda loca buscándote.

ROG. ¡Pobre muchacha!

EMI. Y Merceditas, dice que ella te saca de aquí, sea como sea.

ROG. ¡Qué no lo intente!

EMI. No hay día que no nos pregunte, que si nos escribes, y que si lo hacemos nosotros, te digamos de su parte, que a ver cuando se te pasa la neurastenia.

ROG. ¡Ella si que me quiso! ¡O lo fingió admirablemente!

EMI. Y de ellos, Eduardo, no sabe hablar si no es para contar cosas de vuestro pasado trashumante; y el doctor está indignadísimo contigo porque dice que te escribe y no le contestas.

ROG. ¡Es verdad! Cinco o seis cartas llevo recibidas de él; pero como en todas me pregunta minucias que no le interesan...

EMI. Y con Amparo, pasa lo mismo.

ROG. ¿También... la recuerdan?

EMI. Las empresas, sus compañeros... y los amigos.

ROG. ¿Qué amigos?

EMI. Los de la profesión... Se publicó un libro hablando de ella. ¿No te enteraste?

ROG. No.

EMI. Es decir, un libro... un libelo.

ROG. ¿Un libelo?

EMI. Iba firmado con seudónimo. De algún despechado.

ROG. ¿Y qué dice ese libelo?

EMI. Nada en substancia. Anécdotas... inventadas. Una sarta de embustes.

ROG. ¡Ah! Ya sé de quien es, del sandío de Mendibil, del canalla de Mendibil.

EMI. Lo ignoro; no he podido averiguarlo.

ROG. Sabes, como yo, perfectamente, que es de él.

EMI. Me lo figuro, nada más... por sus antecedentes penales. Por una cosa semejante a esa, Alonsito, el amigo de la linda Paragüaya, le pegó un palo una noche, en la puerta de Maravillas, y Julio Reoyo, por un suelto bastante molesto que publicó hablando de su..., bueno..., de otra artista que también le había negado sus favores, le obligó una tarde, en el Café Oriental, a comer un puñado de cebada, que a prevención llevaba para él en el bolsillo. Y con ninguno de los dos llegó a batirse.

ROG. Pues si mi ausencia de Madrid le valió para publicarlo, hazle saber, como sea, que no ha de quedar impune su felonía. No he dejado de saldar en mi vida ninguna cuenta. Y de esa índole menos.

EMI. Despréciale olímpicamente. Sería darle el relieve y la popularidad que busca con sus espumarajos. Todo el mundo le conoce. Yo por si era él, le escribí una carta hablándole de mis dudas respecto a su paternidad, y ni me contestó siquiera. ¡Es un cobarde!

ROG. ¿Y qué anécdotas son esas?

EMI. ¿No te digo que no son más que invenciones de mal gusto? Hablando del tiempo que estuvo en Francia, dice que vivía Amparo en las cercanías de París con... un amigo.

ROG. Amparo nunca ha vivido en París.

EMI. Pues ya ves. Y que un buen día se presentó de

pronto en la quinta que le había regalado su adorador, un joven elegante de porte distinguido, diciendo que...

ROG. Me parece que oigo la voz de la señora de Mendoza.

EMI. La señora de Mendoza, ¿no es aquella amiga íntima de....?

ROG. Que tenía mi primera mujer. Si. No ha visitado a Amparo en el tiempo que estamos aquí y temo que el primer encuentro entre las dos sea una escena violenta.

EMI. Como me conoces, sabe que soy enemigo de los cumplidos. Te espero paseando por el jardín.

ROG. Haz lo que gustes.

EMI. Hasta ahora.

ROG. Luego me acabarás de contar la invención de ese miserable.

EMI. Lo que he hecho mal es el empezártela a relatar siquiera. Mejor es que la ignores, como hasta aquí, y sabiendo como sabes que Amparo no ha vivido en París...

ROG. Me lo acabarás de contar, porque te lo exijo...

EMI. Lo haré porque no te creas otra cosa. Una idiotez de ese sandío. Por aquí se vá al jardín, ¿no?

ROG. Si. Por la galería de la derecha. *(Mutis de Emilio. Por la izquierda aparece María Luz, detrás la señora de Mendoza.)*

M. LUZ. ¡Papá!

MEN. *(Estrechando la mano de Rogelio.)* ¿Que tal, amigo Rogelio? Venía diciendo a esta guapa niña, que la conocí cuando era una chicuela. ¡Cómo pasan los años! Dirá su esposa que soy una vecina poco atenta... ¡En fín! Aquí estoy para pedirle mil perdones.

ROG. No faltaba más, señora.

MEN. *(Arrellanándose en un sillón y observándolo todo curiosamente.)* ¡Cómo señora! ¿A qué vienen esas ceremonias? ¿Ya se han olvidado los tiempos en que me llamaba usted Felicia a secas, señor de Oliver? *(Riéndose.)* ¿O es un atributo, rendido a la ancianidad? Si es por esa razón le perdono la ofensa.

ROG. Es usted muy buena, Felicia.

MEN. Con que la señora de Oliver no se oponga a lo que vengo... Me la figuro tan incomodada conmigo, que...

M. LUZ. No... nada de eso...

MEN. Si, si. Tengo entendido que está muy incomodada.

ROG. *(Escuchando.)* ¡Aquí la tiene usted! *(Felicia se levanta para recibir a Amparo que entra por la derecha. Al ver a la señora de Mendoza, se queda parada mirándola.)* ¡Querida Amparo! La señora de Mendoza que viene a saludarte. *(Amparo se acerca a Felicia, con aire displicente, y después de un momento de vacilación, la da con frialdad la mano.)*

AMP. *(Con acento de tirantez deliberada, o de fingida amabilidad, según la situación.)* Sumo gusto, señora... ¿Cómo has dicho, Rogelio?

ROG. Señora de Mendoza.

AMP. ¡Ah!, si, Mendoza.

MEN. *(Tratando de disimular la mala impresión que le produce la acogida de Amparo.)* Rogelio le habrá dicho ya, la antigua amistad que entre el y yo existe.

AMP. Seguramente; pero tengo una memoria tan deplorable....

MEN. Lo que usted no ignorará es que somos vecinos.

AMP. ¿Vecinos? Es la primera noticia que tengo de ello Pero por Dios, señora, hágame el favor de tomar asiento. *(Se sientan los cuatro.)* ¡Vaya, vaya! ¡Qué

agradable nueva! ¿Conque vecinos? No sabé usted lo que me complace. Y qué... Viene usted de Madrid a pasar aquí una temporadita, ¿no?

MEN. No, señora, no. Hace ya tiempo que estoy aquí. Precisamente esa es la razón de mi visita: suplicarle me dispense por no haberlo hecho antes.

AMP. ¡Ah, vamos! Ha estado usted enferma. Sí, se le conoce a usted en la cara, sí. A las mujeres nos salen enseguida al rostro todas nuestras ruinas físicas.

ROG. *(Un poco nervioso.)* Querida Amparo. Nuestra amiga Felicia disfruta, por fortuna, de una envidiable salud.

MEN. ¡Cierto! En mi vida me he sentido mejor.

AMP. Pido a usted entonces, mil perdones.

MEN. Temo señora, haber incurrido, sin ánimo de molestarla, en una incorrección que de todas vera deploro.

AMP. ¿Incorrección, usted? No lo creo.

MEN. Procuraré por ello, sincerarme. Hace veinte años cuando su esposo de usted, vino aquí a vivir, por vez primera, era yo una asidua visitante de este bello retiro.

AMP. ¡Veinte años! Por entonces, casi acababa yo, de soltar los andadores.

MEN. Es posible. *(María Luz, presta gran atención a lo que dice la señora de Mendoza.)* Por eso cuando vinieron ustedes a establecerse aquí, tuve un gran disgusto. *(Movimiento de extrañeza en los demás.)* Un gran disgusto por que entonces me sentí vieja, por primera vez en mi vida, y comprendí que me iba a ser imposible, a mi edad pasar una esponja, sobre los más tiernos recuerdos de mi juventud. Asi pues, doña Amparo... ¿Quiere usted, comprenderme... y perdonarme?...

AMP. *(Cogiendo, con cariño, las manos a María Luz.)* Querida, María Luz. No creo hacer cosa mejor que convertirme en tu porta-voz. *(A la señora de Mendoza.)* Estamos tan identificadas en nuestro modo de sentir y de pensar.. ¿Perdonamos a la señora de Mendoza, el olvido en que nos ha tenido todo este tiempo?

MEN. *(A María Luz, muy cariñosamente.)* ¿Qué sentencia, da mi juez?

M. LUZ. ¿Perdonarla yo a usted? ¿De qué?

AMP. *(Con marcada tristeza.)* Es verdad, María Luz, no tiene porque perdonar a usted de nada... Ni yo tampoco, señora.

MEN. Ello me anima entonces a exponerles a ustedes mi proyecto.

ROG. Aceptado desde luego, ¿verdad, Amparo?

MEN. Calma, mi buen don Rogelio, calma. A lo mejor, su esposa de usted, no opina como usted supone.

AMP. Sí, si. Por mí aceptado, tambien.

MEN. Nada de particular tiene que hayan escogido ustedes para vivir, estos parajes de calma y silencio... pero es condenar a Maria Luz a que continúe viviendo enclaustrada. Me atrevo, por consiguiente a rogarles, que la dejen venir conmigo a Madrid, donde me propongo pasar una temporadita. *(María Luz, prorrumpe en un grito de sorpresa y alegría. Amparo permanece en silencio.)*

ROG. ¿Qué hacemos, Amparo?

AMP. Si no es ello un complot...

MEN. ¡Por Dios, señora!

AMP. ¿Cual es tu deseo en el asunto, María Luz?

M. LUZ. ¿Cual ha de ser? Acompañar a la señora de Mendoza a Madrid.

ROG. Pues no hay más que hablar. ¿Verdad, Amparo?

AMP. ¿Cuándo es la marcha?

MEN. Esta misma tarde. Señora... muchas gracias. *(Se levantan todos.)*

AMP. *(Dirigiéndose como inconscientemente hacia el balcón del foro.)* ¡De nada!

MEN. *(Aparte a Rogelio.)* Habrá usted comprendido mi sacrificio.

ROG. ¡Muchas gracias, Felicia!

MEN. ¡Señora!... Hasta luego. *(Amparo hace una ligera inclinación de cabeza, sin moverse del sitio donde se encuentra. María Luz, coge del brazo a la señora Mendoza, y desaparece por la puerta del hall. Marido y mujer, quedan mirándose frente a frente.)*

AMP. ¡Oh, esto ya es demasiado!

ROG. Hay que ser transigentes con nuestras amistades, y la señora de Mendoza, es una buena amiga mía que no ha de tardar en serlo tuya. *(Dirigiéndose cariñoso hacia ella.)* Tu enfado, es injusto, Amparo. Compréndelo.

AMP. *(Rechazándole.)* ¡Déjame! *(Toca un timbre.)*

ROG. ¿A qué viene eso?

AMP. Te ruego que me dejes. *(Entra Pedro.)* Que lleven enseguida esta carta al correo. *(Cogiendo la carta que al principio del acto quedó en el bureau y entregándosela a Pedro, que hace mutis.)*

ROG. *(Con marcada contrariedad y tono violento.)* ¿Qué carta es esa?

AMP. Mi carta a la duquesa de Mendizábal.

ROG. Petra la Jerezana. Ese será siempre su nombre.

AMP. Pues para Petra. Como quieras.

ROG. *(Colérico.)* No me obliges a desautorizar a un criado una orden tuya.

AMP. No puedo obedecerte.

ROG. *(Yendo hacia la puerta, por donde hizo mutis Pedro.)* La recogeré yo.

AMP. *(Con ademán de desafío.)* ¡Atrévete, si quieres im-

ponerme otra humillación! Acabas de entregar a tu hija a una mujer que con su deliberado apartamiento de aquí, ha estado arrojándome lodo a la cara durante tres meses, y que solo ha puesto los pies en esta casa para arrebatarme un ser cuya compañía y cuyo cariño constituían mi más vivo anhelo. ¡Mi redención tal vez!

ROG. ¡Amparo!

AMP. Me quitas una compañera digna, porque crees que soy indigna de ella. Estoy, pues, en mi derecho al buscarme otra. Y la busco donde sólo puedo encontrarla, en mi clase, en mi ambiente.

ROG. Tu no eres la Amparo que yo me forjé.

AMP. No lo soy, no; tienes razón. A los dos nos engañó nuestro buen deseo. Quisimos cerrar los ojos al pasado y contemplarnos a nuestro antojo, a nuestro capricho. ¡Inútilmente!

ROG. ¿Por qué ha de ser inútil?

AMP. Porque tu creiste que ciego de amor por mí, me habías de ver, como a pesar de tu amante obstinación no me ves, Rogelio. Y en ese noble anhelo tuyo, soñé yo también porque creí podía ser lo que ahora vemos los dos que es imposible.

ROG. ¿Por qué ha de serlo, te repito?

AMP. Porque la vida no es nada más que una constante evocación del pasado. Ya oíste el otro día a la señora de Mendoza. Bien claro me dió a entender que si me visito hoy, fué por puro compromiso. Para ella no soy más que lo que fuí, lo que será siempre para ti mi amiga la Duquesa... Petra la Jerezana.

ROG. El amor todo lo purifica, Amparo.

AMP. No, Rogelio, no. No hay amor, por grande que sea, que alcance a borrar los recuerdos. *(Mutis por*

la derecha. Tras una brevísima pausa aparecen por la puerta del hall don EMILIO *y* MARIA LUZ.)

EMI. ¡Pícara, más que picara! Te vas porque he venido yo.

M. LUZ. Ya sabe usted que no es verdad.

EMI. Pero lo parece.

M. LUZ. Siento dejar a mi papaíto, pero me alegra dejarla a ella.

EMI. Eres injusta, Amparo te quiere.

M. LUZ. Para nada me hace falta su cariño.

EMI. ¡Quién sabe!

M. LUZ. Es indigna de él.

EMI. ¡María Luz!

M. LUZ. Indigna, sí, indigna,

EMI. Considera que es la mujer de tu padre.

M. LUZ. Mi padre no ha tenido más que una mujer, ¡mi madre!... Esa es una... cualquier cosa.

EMI. María Luz... no es propio de ti ese lenguaje. No debe serlo por lo menos.

EMI. Esa mujer habrá sido lo que haya sido. Al casarse con ella tu padre la otorgó su perdón. Más que quererte, te idolatra, porque con tu cariño se cree redimida. Respétala al menos.

M. LUZ. Eso es imposible. Usted mismo me tiene dicho en sus cartas que el pasado no puede borrarse.

EMI. Pero debemos hacer por borrarlo, porque el olvido es lo único que puede darnos tranquilidad en la vida.

M. LUZ. Si hubiera usted tenido un hijo bueno, y se le hubiera muerto, ¿le olvidaría usted?

EMI. ¡Claro que no!

M. LUZ. ¿Y si en vez de ser un hijo, hubiera sido una mujer?

EMI. Tampoco... Pero en muchos instantes de mi existencia, lo pretendo y hago cuanto puedo por con-

seguirlo, hija mía; porque no todo en mí es felicidad... Yo también tengo, como todo el mundo, el recuerdo perenne del pasado.

M. Luz. ¿Usted, don Emilio?

Emi. Si, hija, sí. Yo. Mira... Hace años, muchos años, amé a una mujer con delirio, con locura. Una mujer preciosísima. Una figura de alabastro revestida de terciopelo negro...

M. Luz. ¡Como he oído decir que era mi madre!...

Emi. ¡Un témpano de hielo primorosamente esculpido y pulimentado!...

M. Luz. ¿Y ella le amó a usted?

Emi. Sí. Me amó... pero yo entonces era pobre, ¡muy pobre! y ella, la infeliz, necesitaba casarse, con un hombre rico para salvar de la miseria a su padre.

M. Luz. Como a mí, de pequeña, me contaba mi aya que hizo mi madre, por salvar, de no se que cosas malas a mi abuelito.

Emi. ¡Y se casó con otro!

M. Luz. ¿Le conocía usted?

Emi. Eramos muy amigos...; lo somos todavía; pero él ignoraba mi inmenso amor por ella, y yo, después de muerta, no se lo he confesado nunca.

M. Luz. ¡Ah! ¿Pero, murió? ¡Como mi madre! ¡Pobre!

Emi. Sin ser dichosa, ni hacer feliz al hombre que, por tener la vanidad de tener una mujer hermosa, le dió su nombre y su fortuna.

Emi. *(Sonriendo tras una ligera pausa.)* Por mi culpa hemos pasado los dos un mal rato. Tú imaginándote a tu madre, y yo viéndola a ella.

M. Luz. ¿A quién? ¿A mi madre?

Emi. A ella, hija mía, a ella. A la mujer de mis amores... A la mujer que cuanto más hago por olvidar, más presente tengo.

M. Luz. ¿Y quiere usted que yo...?

EMI. Sí; quiero que respetes a esa mujer, y si es buena con tu padre y contigo, que la ames.

M. LUZ. ¿Y si no lo es, como no lo fué antes de casarse con mi padre...?

EMI. Que hagas evocar en él, sin faltarla ni menospreciarla en lo más mínimo, porque esa no es misión tuya, la santa figura de tu madre, y a su evocación la receis los dos. El, por lo que debió quererla en vida, y tú, por lo que a su evocación también yo ¡te quiero! *(Los dos han ido, poco a poco, haciendo mutís por la derecha, coincidiendo su desaparición con las últimas palabras de don Emilio. Tras una breve pausa, aparecen en escena* MARIANO, ROGELIO *y* PEDRO, *el criado. El primero entra sostenido por los otros dos, con el traje todo sucio, y en las manos y en la cara visibles arañazos. Mariano es un hombre joven. Su entrada, ha de dar la sensación de que acaba de sufrir en la carretera un accidente desgraciado.*

ROG. ¡Despacio!

MAR. ¡Ay!

ROG. ¿Qué es lo que siente usted más, jover?

MAR. ¡El haberme caído, caballero!

ROG. Envidio su buen humor.

MAR. Si fuera usurero, lo que más sentiría es la moto, que se me ha hecho un acordeón; si fuese médico, tenerme que asistir a mí mismo, y siendo lo que soy, un vulgar turista, los porrazos que me he dado. ¡Ay!

ROG. *(A Pedro.)* Condúzcalo a la alcoba de la galería y ayúdele a desnudar, mientras yo pongo cuatro letras al doctor, para que se las lleve usted en seguida.

MAR. ¡Cuantas molestias! ¿No sería mejor que, puesto

que he oído que tienen ustedes automóvil, me llevasen a Lérida, ahora mismo?

ROG. Eso, luego..., mañana..., cuando el médico le haya visto a usted.

MAR. Como usted quiera, caballero. Yo, era porque me sabe mal darles a ustedes que hacer. ¡Ay, mi espalda¡ ¡Ay, mi pecho!

ROG. Necesita usted tranquilidad.
(A Pedro.) Acuéstele y venga inmediatamente.

MAR. Muchas gracias, señor de...

ROG. Oliver.

MAR. Mi nombre es Enrique Manzano, y vivo en... ¡Ay!

ROG. No se esfuerce en hablar. Sea usted quien sea, está usted en su casa.

MAR. Agradecidísimo, señor mío. ¡Ay! Agradecidísimo. *(Hace mutis por la izquiarda, muy despacio, ayudado por Pedro. Rogelio abre un «bureau» y se pone a escribir. Pausa. Por la derecha aparece* EMILIO.*)*

EMI. Está tu hija loca de contenta.

ROG. No te olvides que has de contarme la invención de ese canalla.

EMI. ¿A qué esa obstinación?

ROG. *(Sin dejar de escribir.)* Te lo exijo, te vuelvo a decir.

EMI. Bien, bien, lo que tu quieras. Pues que un día se presentó de pronto en la puerta de la quinta, que le había regalado a Amparo uno de sus adoradores, un joven elegante, distinguido... con la cara y las manos llena de arañazos, la ropa en desorden y todo lleno de polvo... en fin, como un hombre que acaba de sufrir un accidente en la carretera.

ROG. *(Dejando de escribir, y mirándolo fijamente.)* Sigue.

EMI. Al parecer, se había caído de una moto, dándose

una de porrazos que no podía moverse. El dueño de la finca...

ROG. El amigo de Amparo, ¿no?

EMI. Si... su...

ROG. Su querido, acaba de una vez.

EMI. Lo recogió, lo atendió, llamó al médico, lo tuvo en su casa cuidándole una semana... y... aquí viene lo inverosímil... la anécdota galante, según ese reptil. El era un antiguo amante de ella, que se había valido de esa estratagema, a cambio de unos arañazos y un golpe verdad, con una máquina rota de antemano, para volver a entenderse.

ROG. *(Rompiendo, con rabia, la carta que estaba escribiendo.)* Con Amparo, ¿no? ¡Ah, miserables! Está aquí!...

EMI. ¿Cómo?

ROG. Se ha valido de la misma estratagema, para robármela.

EMI. ¿Qué dices?

ROG. Es la de siempre. ¡Una perdida! ¡Una mala mujer!

EMI. Tu cabeza delira, Rogelio.

ROG. Tienes razón... No puede ser... Es inútil, Emilio... es inútil...

EMI. ¿Qué te pasa?

ROG. La vida no es más que una constante evocación del pasado... ¡que el amor no puede purificar!...

EMI. ¡Oh, pobre amigo mío!...

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

(AMPARO, PETRA LA JEREZANA *(Duquesa de Mendizábal) y el* DUQUESITO.)

(La Duquesa, tiene todo el aspecto de una linda horizontal. Viste con rebuscada elegancia, y se halla reclinada en una otomana. Cerca de ella Amparo, sentada en una butaca. Poco después. entra el Duguesito: representa unos treinta años; rostro rasurado, mirada vaga, y nariz sospechosamenee colorada. La impresión que da al verlo, es la de un hombre estragado por los vicios.)

PET. *(Que estaba con los ojos cerrados, despierta de su amodorramiento.)* ¡Anda!... ¿Pues no me he quedado dormida?... ¿Donde se han ido esos?...

AMP. *(Fríamente.)* A la terraza a fumar un cigarro. *(Entra Pedro con el servicio de café en una bandeja, acercándose a Petra, quien, con ademán displicente, coge una taza. En este momento, entra el Duquesito por la puerta de la izquierda. El criado hace su entrada por cualquier término derecha.)*

PET. *(Sorbiendo el café.)* ¡Aquí está mi marmota! ¿Donde fuiste?

DUQ. *(Con palabras ingenuas.)* A la te... rraza. *(Pedro, presenta a Amparo, la bandeja, con las tazas restantes de café. Amparo rehusa. Pedro entonces se acerca al Duquesito que toma una taza.)* ¡Eh! Tu... espera un poco. *(Dirige una mirada investigadora a la bandeja, y no encontrando lo que busca, vuelve a dejar la taza en su sitio, sin acercarla siquiera a los labios.*

(

¡Qué hemos de hacerle! *(Aparte, a Pedro.)* Pero, por qué economizan tanto tus amos los licores? (PEDRO *desaparece con el servicio por el mismo término que hizo su entrada.)*

AMP. ¿No quiere usted café?

DUQ. No, muchas gracias Es la hora de tomar mi wisky con soda... y bicarbonato. Para la diges... digestión es mucho mejor. *(Acercándose con paso inseguro a Amparo, sin dejar de mirar a Petra.)* Mire usted, Amparo, que suges... sugestiva está mi media naranja.

AMP. ¡Mucho!

DUQ. Y qué ape... apetitosa.

AMP. ¡Apetitosísima! *(El Duquesito se acerca a la otomana. donde se halla Petra. Amparo le contempla con gesto de repugnancia. El Duquesito tropieza con una silla contigua a la otomana, vacila y cae desplomado. Al poquísimo rato se queda dormido, dando de vez en cuando estrepitosos ronquidos.)*

PET. Hoy, en el almuerzo, me ha parecido que os humanizábais Rogelio y tú. ¿Habéis hecho las paces?

AMP. No. Nos hablamos sólo delante de la gente.

PET. Tiene gracia. ¿Y cuánto tiempo pensáis estar de monos?

AMP. ¡Ah! No sé.

PET. ¡Qué chasco me he llevado!

AMP. ¿Por qué?

PET. Porque pensé que al ingresar en la cofradía matrimonial cambiaríais radicalmente de modo de ser... como he cambiado yo. La gente de nuestro rango tiene que dar ejemplo a las clases inferiores.

AMP *(Con sonrisa irónica.)* ¡De nuestro rango!

PET. Has estado afortunadísima llamándonos.

AMP. ¿Tú crees?

PET. Porque mira que si te hubieses visto obligada a soportar sola el mal humor de tu marido...

AMP. No deja de tener filosofía la observación. Lo que siento es que estáis condenados a ver caras de vinagre, por lo poco atrayente que es ahora la atmósfera de esta casa. Por eso quizá fuera preferible que os fuerais.

PET. Al contrario. Nuestro deber es continuar aquí hasta que os arregléis. Y como, además, ni este ni yo tenemos tiempo de fijarnos en esas pequeñeces. ¡Estamos tan chifiados el uno por el otro!

AMP. Pues no se os conoce.

PET. ¿Por qué lo dices? ¿Por la pelotera que armamos hoy, al medio día?

AMP. Y por las que armáis s todas horas.

PET. Es una fatalidad, pero el pobrecito no puede desahogar sus rabietas sino rompiendo algún objeto. Una silla, un espejo o un jarrón de porcelana.

AMP. Un hombre así es un encanto.

PET. No vayas a creer que llega al extremo de tirarme nada a la cabeza, no... no.

AMP. Sería preferible, no creas. Así te preocuparias más de las roturas.

PET. Se contenta con coger en alto el primer objeto que halla y dejarlo caer al suelo.

AMP. Eso es propio sólo de gente distinguida.

PET. ¡Ah, sí, sí! Lo hace con la más perfecta distinción. *(Durante el diálogo se han levantado, y se han dirigido, una primero y otra después, hacia el balcón. Al llegar a esta parte del diálogo, las dos quedan con los brazos sobre la balaustrada, de espaldas al público, continuando en voz baja su conversación. Por la izquierda aparecen* ROGELIO *y* EMILIO, y *sin pasar del umbral de la puerta, se dicen aparte:)*

EMI. ¿Cuando se van esos pelmazos?

ROG. ¡Dios lo sabe!

EMI. Pues en tu mano está el remedio.

ROG. Todo tiene su aplicación en esta vida, incluso estos mentecatos. Gracias a su estancia aquí, oigo el metal de voz de mi mujer. Solo rompe su mutismo delante de ellos.

EMI. Entonces, debes estarles agradecido.

ROG. ¿Por qué no le hablas tú a mi mujer? Quizás, a tí, te haga caso...

EMI. Os obstinais en ver la vida de un modo...

ROG. Cemo debe verse.

EMI. Entonces no os entenderéis nunca. Eso no quita para que yo no intente hablarle al corazón en cuanto tenga una oportunidad. Claro que no te respondo del éxito... ¡Son tan raras las mujeres!

ROG. Voy a proporcionarte la ocasión.

EMI. ¿Cómo?

ROG. Llevándome a... *(Recalcando la frase.)* la señora duquesa. *(Alto.)* ¡Petra!

PET. *(Volviendo la cabeza.)* ¿Me llama usted, don Rogelio?

ROG. ¿Se siente usted en disposición de jugar conmigo una partida de carambolas?

PET. *(Separándose del balcón.)* ¡Ya lo creo! Gustosísima... *(Llamando a su marido.)* ¡Marmotita!

ROG. ¿Por qué le despierta usted?

EMI. *(Aparte.)* Para ahorrarme ese trabajo.

PET. Don Rogelio, que nos invita a jugar unas carambolas.

DUQ. *(Despertando.)* ¿A tomar un whisky?...

PET. No, hombre, no. Al billar.

EMI. *(Aparte.)* ¡Qué lista es esta mujer! Me va a evitar también la molestia de echarle.

PET. ¿Qué te parece que le demos?

DUQ. Coñac con soda.

PET. Tantos, hombre, tantos.

DUQ. ¡Ah! Los que tú quieras, monada.

PET. Si le ganamos, ¿me compras el collar que te he pedido?

DUQ. *(Cogiendo un bibelot y levantándolo en alto en actitud de tirarlo al suelo.)* ¡Petra! ¡Petra! Que vas a hacer que vuelva a incomodarme.

AMP. No, por Dios, señor duque, que es un Sevres legítimo.

DUQ. No le damos a usted más que veinticinco, don Rogelio. *(Dejando el bibelot.)*

ROG. Las que usted guste. Son ustedes dos jugadores formidables pero no les temo *(Mutis los tres por la derecha, quedando en escena Amparo y Emilio.*

AMP. Na se moleste usted por mi. Váyase, si quiere, también, al billar.

EMI. Es un juego que no me seduce. *(Va hacia el foro.)* Está una noche hermosísima.

AMP. Muy hermosa.

EMI. *(Bajando al proscenio.)* La noto a usted algo intranquila.

AMP. Yo no me siento nada.

EMI. Un poco nerviosa. Quizá la hubiese sentado bien un paseo por el jardín.

AMP. Quizá.

EMI. ¿Por qué no nos acompañó usted antes?

AMP. Ya sabe usted la razón.

EMI. No se referirá usted a esas pequeñas diferencias existentes entre usted y Rogelio.

AMP. ¿A qué otra cosa puedo referirme?

EMI. ¡Tonterías!

AMP. No lo crea usted.

EMI. Celos, que es lo mismo.

AMP. ¿Por qué cometió la locura de casarse entonces conmigo?

EMI. Usted la cometió al mismo tiempo casándose con él.

AMP. Tiene usted razón.

EMI. Pero hecho ya el disparate...

AMP. ¿Usted cree que lo fué?

EMI. ¡Mayúsculo!

AMP. Al menos es usted sincero.

EMI. El que opine que hicieron mal en lo que hicieron, no quiere decir que crea que hacen ustedes bien en lo que hacen. Vivir de la evocación del pasado, no es vivir. Hasta la saciedad se lo tengo dicho a Rogelio. ¡Bastante tiene uno con el presente!

AMP. ¿Puede usted predicar con el ejemplo?

EMI. Soy un médico sin salud que, a toda costa, quiere ver sanos y rollizos a sus enfermos... *(Volviéndose hacia el balcón.)* La noche se presta a la reconciliación. El mar, las estrellas, la semioscuridad de las frondas del jardín, el aroma de las flores. ¡Todo lo vence el sublime sentimiento!

AMP. Para que en la carretera se estrelle a nuestros pies algún infeliz ciclista y tengamos otro espectáculo como el de hace dos meses.

EMI. Aquello fué una ofuscación debida a una coincidencia tan fortuita, como lamentable. En fin, lo que yo no quiero es marcharme mañana a Madrid sin que se hayan ustedes reconciliado.

AMP. ¿Nos deja usted ya?

EMI. Forzosamente.

AMP. Hace usted bien, porque se está poniendo este «delicioso» retiro, verdaderamente insoportable.

EMI. Nada de eso. Tanto usted, como Rogelio, hacen los honores de una manera admirable. En cambio,

si he de serle a usted franco, la compañía del duquesito y su señora...

AMP. A los dos los detesto. Me paso los días maldiciéndoles.

EMI. Pero si yo tenía entendido...

AMP. Que están aquí, porque yo les he invitado.

EMI. Exacto.

AMP. Pues les aborrezco, a pesar de esa circunstancia. ¡Y pensar que hubo un tiempo en que ella me parecía encantadora!...

EMI. Que es lo que le tiene indignado a Rogelio. Cree que le sigue a usted pareciendo lo que le parecía antaño, y se le llevan los demonios. ¡Qué incomprensibles son ustedes, las mujeres!

AMP. ¡Mucho! Como que, además, de esa tontería, he cometido otra.

EMI. ¿Mayor aun?

AMP. Sí, señor.

EMI. Lo creo, sin que usted me lo jure.

AMP. He interceptado unas cartas de María Luz y la señora de Mendoza a mi marido.

EMI. ¿Y por qué ha hecho usted eso?

AMP. No había en ellas, para mí, ni un recuerdo, ni una palabra...

EMI. Censurable es el olvido, sobre todo en María Luz, pero más censurable es su conducta; Amparo, debe entregárselas a Rogelio en propia mano.

AMP. Es mejor que sea usted quien, en mi nombre se las entregue.

EMI. No lo juzgo correcto. Ya que usted cometió la falta, sacrifíquese..., si eso puede llamarse sacrificio...

AMP. Si usted no quiere dárselas, haré que se las dé un criado.

EMI. Con ello no se evita usted una explicación nece-

saria, precisa... Además, que eso no es cariño, Amparo.

AMP. Puede que no le falte a usted razón. Los dos nos hemos equivocado.

EMI. ¿Usted también?

AMP. También yo.

EMI. Otro recuerdo, otros amores, algún nombre que no se borra de la imaginación, alguien con más primitivo derecho, que acude a la memoria con insistencia.

AMP. ¡Quizá!... ¡Tal vez!...

EMI. Pongamos el remedio.

AMP. ¿Usted lo ve?

EMI. ¿Yo? No, la verdad. *(Insensiblemente van desapareciendo los dos por la izquierda, ensimismados en la conversación.)* Y no lo veo, porque creo que no lo hay.

AMP. ¿Y a qué obstinarnos en ser infelices?

EMI. Es muy cruel, pero es muy cierto. Está usted en lo firme, Amparo. *(Desaparecen. Pausa. Al poco rato,* ROGELIO *por el lado opuesto.)*

ROG. Fué una quimera, y lo será durante toda mi vida. Un anhelo irrealizable... Batallo conmigo mismo, y me venzo a mí mismo siempre. Igual me da que la haya convencido Emilio, que no. ¿Para qué? En su fuero interno será la Amparo que yo aborrezco, no la que creí que amaba, la que verdaderamente creo que no amo.

PED. *(Por la derecha, anunciando.)* La señorita María Luz y la señora de Mendoza. *(Rogelio se dirige, rápidamente, al encuentro de las viajeras que entran por la derecha. Llevan «toilettes» de viaje. Retírase* PEDRO.)

M. LUZ. ¡Papaíto!

MEN. Salud y paz en esta santa morada.

ROG. ¡María Luz! ¿Qué tal, hija mía? *(Abrázala.)*

M. LUZ. Oye, papaíto, ¿ocurre algo en casa?

MEN. Estábamos con cuidado.

ROG. No, hija mía. Todo sigue lo mismo que cuando tú te fuiste. *(A la señora de Mendoza.)* Qué, ¿vienen ustedes huyendo del clima de Madrid? En este tiempo, aquello se pone insoportable.

MEN. No, señor, no. Lo que nos ha hecho adelantar el viaje, ha sido el silencio de usted.

ROG. ¿Mi silencio? Pues si escribí a María Luz hace seis o siete días...

M. LUZ. Más, papaíto.

ROG. Puede que sea más. Pero te escribí, y a usted también.

MEN. Sin decirme una palabra del asunto que motivaba nuestras cartas anteriores.

ROG. *(Recapacitando.)* No recuerdo...

MEN. Y como usted daba la callada por respuesta.

M. LUZ. Te volvimos a escribir...

MEN. Con el mismo resultado...

ROG. ¡Qué extraño es todo lo que me cuentan! Porque yo no he recibido ninguna carta de ustedes acerca de nada de particular.

M. LUZ. *(A la señora de Mendoza.)* ¿Qué le dije a usted?

MEN. *(Sentándose. A su lado lo hace María Luz; cerca Rogelio.)* Bien, pues mientras llegan esas cartas, que ya llegarán..., oye, nena, vete a arreglar un poco tu «toilette».

ROG. Y a saludar a Amparo.

M. LUZ. *(Levantándose.)* Y a hacer una caricia a mi Boby.

ROG. En casa está aún Emilio.

M. LUZ. ¡Cuánto me alegro! ¡Mi mejor amigo!... Bueno, mis mejores amigos. El y Boby .Hasta ahora, papá, Felicia...

MEN. Anda descuidada, mujer.

M. LUZ. En usted confío,.. *(Mutis derecha.)*

ROG. Le ha probado muy bien Madrid.

MEN. Yo creo que sí. Lo hemos pasado admirablemente.

ROG. Era de esperar, sobre todo ella. Con el cariño y la solicitud de usted...

MEN. No, no, las dos. También María Luz me quiere mucho. Bueno, pues en una de mis cartas le decía a usted...

ROG. ¿Y cómo se habrán perdido? ¿Cuántas dice usted que me escribieron últimamente?

MEN. Ya es igual. El pícaro servicio de Correos se lleva, injustamente, la culpa de tantas picardías...

ROG. ¿Lo cree usted así?

MEN. Vamos a lo principal.

ROG. No, no. Es que a mí me importa...

MEN. A usted lo único que le importa es saber lo que yo le decía en sus cartas. Y como se lo voy a decir... Le hablaba de la conveniencia de que por ahora, María Luz, pase una temporada con ustedes. Lo contrario de hace dos meses.

ROG. No comprendo...

MEN. Señor de Oliver. Han cambiado totalmente las cosas.

ROG. Sigo sin entenderlo.

MEN. ¿Se acuerda usted de la señora de Ferrándiz?

ROG. Tengo una idea.

MEN. Que es lo que se dice cuando no se recuerda nada. Pero, para el caso, como si la recordara. La señora de Ferrándiz se llamó de soltera Carmen de la Cruz.

ROG. ¡Ah, sí!

MEN. Sigue usted sin recordarla.

ROG. En efecto.

MEN. Lo interesante es que tiene un hijo.

ROG. ¿Lo interesante?

MEN. Un hijo, que se llama Enrique. Por una feliz coincidencia..., yo la llamo feliz...

ROG. Feliz será cuando usted se lo llama.

MEN. El hijo vivía en el mismo hotel que nosotras. ¡Lo que hemos correteado por aquel Madrid! Bien puede decir María Luz que ha visto más en unos días que algunos madrileños en toda su vida. Verdad es que hemos tenido un excelente «cicerone».

ROG. ¿«Cicerone»?

MEN. Enrique.

ROG. ¡Ah, ya!

MEN. En fin, que no sé cómo comunicarle a usted...

ROG. Lo que me decía usted en sus cartas...

MEN. En una de ellas sobre todo, sí, señor. Que Marujita y Enrique...

ROG. Están en relaciones, ¿no es esto?

MEN. Justo. Siento haber sido la causa de tales amoríos..., pero yo creo que no me tendré que arrepentir de ello. El es un buen muchacho. Algunos años tiene más que María Luz..., pero harán una buena pareja. Están enamoradísimos el uno del otro.

ROG. Aventurada afirmación es esa.

MEN. Sí, señor, sí. En seguida que me habló él de que quería pedirle a usted oficialmente la mano de Marujita, le escribí a usted, y al decidir abandonar Madrid, viendo que usted no me contestaba, lo he hecho con escolta. Nos ha acompañado, y está aquí.

ROG. ¡Ah! Amiga Felicia. No crea usted que mi ánimo es censurarla.

MEN. ¡Malo! Ese comienzo ya no me agrada. Empieza usted como para reñirme.

ROG. Le confieso que hubiera preferido para el viaje un remate más... trascendental.

MEN. ¿Le desagrada a usted que haya la posibilidad de que su hija sea feliz?

ROG. Pienso en Amparo.

MEN. No creo que su esposa de usted tenga el derecho de oponerse a la boda de María Luz, ni con Enrique ni con nadie, queriendo ella y siendo gustoso usted.

ROG. No es por eso por lo que pienso en Amparo. ¿No creerá que todo es consecuencia del complot ideado por usted al llevarse a María Luz a Madrid?

MEN. ¿Y qué? Que lo crea. ¿No dice usted que Amparo está celosa de María Luz?

ROG. Mucho.

MEN. Pues siendo así, ha de alegrarle la boda.

ROG. Quizá ocurra lo contrario de lo que usted supone.

MEN. Mal haría usted en consentirlo, y usted perdone que me meta en lo que no me incumbe. *(Levantándose.)* Pero le advierto que en esta ocasión tendrá en mí, María Luz, una protección decidida. No olvide usted que fuí una buena, una excelente amiga de su madre. No puedo esperar a la señora de Oliver. Preséntela usted mis disculpas. *(Yendo hacia la puerta.)*

ROG. La acompaño a usted hasta su casa.

MEN. No se moleste usted, Regelio, se lo agradezco como si me acompañara.

ROG. Me digusta que se vaya usted molesta conmigo. Quiero que se haga usted perfectamente cargo.

MEN. *(Haciendo mutis por la derecha.)* Me hago cargo de todo, pero hasta donde lleguen mis fuerzas ampararé esas relaciones..., No creo justo que tenga que estar María Luz supeditada a un capricho sin ló-

gica ni fundamento. Y como por lo visto, es usted un hombre débil y falto de carácter...

ENR. ¡Señora!...

MEN. Sí, sí. Falto de carácter, falto de carácter... *(Mutis de los dos derecha.)*

M. LUZ. *(Izquierda.)* ¡Siempre esa mujer en mi camino!

ENR. *(Por la derecha. Distinto término que hicieron mutis la señora de Mendoza y Rogelio.)* ¡María Luz! ¡María Luz de mi alma!

M. LUZ. ¡Enrique! *(Reprendiéndole cariñosamente.)* ¿Cómo te has atrevido?...

ENR. No puedo estar sin verte ni cinco minutos. Paseando por la huerta de la finca de la señora de Mendoza, descubrí que la tapia de vuestro jardín tenía una brecha, y me dije: ¡Al asalto! y aquí me tienes, Maruja adorada.

M. LUZ. Mal hecho, Enrique. ¿Y si te hubiera visto alguien?

ENR. No me riñas; quiero verte para vivir unos minutos, y luego cuando no te vea... ¡cerrar los ojos y contemplarte! ¿Está tu madre?

M. LUZ. ¿Mi... madre?

ENR. Bueno la mujer de tu padre, quiero decir.

M. LUZ. Mi madrastra.

ENR. Sí.

M. LUZ. No la he visto aun. No tengo interés por verla.

ENR. Tu padre me figuro que es un señor que iba acompañando a la señora dc Mendoza hacia su casa.

M. LUZ. Si; pero vete... no debes estar aqui. No debías haber venido.

ENR. Quería darte las buenas noches. *(Mirando hacia todas partes,)*

M. LUZ. ¿Qué miras?

ENR. Si viene alguien.

M. LUZ. Por eso debes irte. Ya nos veremos mañana en

casa de Felicia. Mira que una imprudencia puede malograrlo todo... tú mismo, estás sin darte cuenta, intranquilo... como... yo.., no haces más que mirar a todos lados.

ENR. Sí... sí. Adiós. Hasta mañana. *(Al hacer mutis por la derecha, sale* AMPARO.)

AMP. ¡María Luz! *(Aparte, asombrada.)* ¡Ah! ¡El aquí!

M. LUZ. Te sorprenderá verme. Acabo de llegar, y más sorpresa te habrá causado todavía hallar aquí conmigo a este caballero.

ENR. ¡Señora!...

M. LUZ. Es... Nos ha acompañado a la señora de Mendoza y a mí hasta Badalejo... Viene... Te presento a la esposa de mi padre, Enrique... *(Amparo y Enrique tras un momento de vacilación se dan la mano.)*

AMP. *(Con voz alterada, pero con firmeza.)* Mucho gusto.

ENR. Tengo un verdadero honor.

AMP. ¿Quieres avisar a tu padre?

M. LUZ. Ha ido a acompañar a la señora de Mendoza hasta su casa.

AMP. Pues ten la bondad de ir con Pedro a decirle que venga.

M. LUZ. ¿Para qué?

AMP. Es más natural que conozca al señor... a tu prometido... ¿No es el señor, tu prometido?

M. LUZ. Sí... Amparo.

AMP. Pues ve. El ha venido a ver a tu padre. No a mí. Yo no soy nada en esta casa,

M. LUZ. Te equivocas, ha venido a hablar con los dos, Amparo.

AMP. Ve... ve a buscar a tu padre *(Mutis de* MARIA LUZ *en silencio y con la cabeza baja. Enrique va a avanzar hacia Amparo, que le detiene con un ademán.)*

ENR. ¿Qué te propones?

AMP. ¿Y tú?

ENR. Ya lo ves.

AMP. Bueno, acabemos pronto, que mi marido va a venir. Debe ignorar que tú y yo nos conocemos.

ENR. Si yo no vengo a lo que tú te figuras....

AMP. ¿Cómo?

ENR. Yo vengo por ti.

AMP. ¿Qué dices?

ENR. Que has sido mía, que eres mi obsesión, mi mujer fatal, y que no me avengo a que seas sino sólo mía, siempre sólo mía.

AMP. ¡Enrique!

ENR. No hay Enrique que valga.

AMP. Has cometido una mala acción engañando a esa infeliz, y quieres que vuelva yo a ser una infame mujer, traicionando al que no ve más que por mis ojos.

ENR. Ni tú le quieres, ni dentro de poco serás su cariño.

AMP. Debo sin embargo serle fiel.

ENR. Tú sólo me quisiste a mí.

AMP. ¡Enrique!

ENR. El no ve en ti más que lo que fuiste, y como su hija te odia mortalmente, le conquistará hasta arrojarte los dos de esta casa... lo sabes tan bien como yo...

AMP. Te amo tanto Enrique, y voy a ser tan desgraciada en esta casa, que aun a trueque, de que me vuelvas a olvidar... sí, Enrique mío... no vacilo. Alguien viene. Vete y espérame. *(Al hacer mutis entra* EMILIO *sin ser visto por Enrique.)*

EMI. ¡Amparo!

AMP. *(Volviendo la cabeza y viendo a Emilio.)* ¡Oh!

EMI. ¿Lo ve usted? ¡Tenía que ser!

AMP. En estos momentos, cree Maria Luz, que ese hombre la pretende; lo mismo cree Rogelio. El calva-

rio que me espera al lado de ellos es horrible.

EMI. Pero lo que va hacer usted con Rogelio, es inaudito. Por su honor, no es digno de ello, Amparo.

AMP. ¿Y qué es mejor?

EMI. No, no; lo mejor es lo que usted va hacer indigno y todo. ¡Váyase, váyase!

AMP. Soy una mala mujer, lo se.

EMI. La humanidad, que no tiene enmienda. A toda costa, cuando nos conviene, cerramos los ojos a la realidad para engañarnos y soñar que vemos lo que nuestra ilusión quiere ver...; y así debe ser la existencia, pero a sabiendas de que nos engañamos, porque de otra manera no cabe la felicidad. El, se acerca. Márchese de esta casa para siempre...

AMP. Haga usted que me perdone, Emilio.

EMI. Márchese, señora, márchese. *(Avergonzada hace mutis izquierda.)* Menos mal que iluminó Dios a tiempo su corazón.

ROG. ¿Tu aquí? ¿Se ha ido un caballero que estaba con Amparo?

EMI. Sí.

ROG, ¿Y mi mujer?

EMI. ¡Rogelio! Yo estoy destinado a ser tu cuchillo.

ROG. ¿Qué dices?

EMI. En una ocasión me pediste un consejo, y, al pedirmelo, me rogaste que fuese contigo franco, brutal, si lo estimaba necesario.

ROG. ¿Y a que viene ahora?...

EMI. El recuerdo...

ROG. Sí, el recuerdo, ¿a qué viene?...

EMI. Porque el momento se repite. Tengo que darte otro consejo, brutal también. El hombre que estuvo hasta ahora aquí, no es, como supones, novio de tu hija.

ROG. ¿Cómo?

EMI. Mejor dicho, el que hasta hace un instante se ha hecho pasar por el novio de María Luz, es...

ROG. ¡Un amante de mi mujer! ¿No? ¡Miserables!

EMI. Ella es una desgraciada. No la culpes.

ROG. ¿Y ha huído de mí? Con lo que yo cegué por ella.

EMI. Pero ciego; no la veías como debías verla para hacerla dichosa y ser dichoso tu. Te lo dije, querrás olvidar; y los hechos, con su relieve, te harán abrir a la fuerza los ojos, y así ha sido.

M. LUZ. *(Derecha. Muy contenta.)* ¡Papá!

ROG. ¡Hija mía!

M. LUZ. ¡Qué serio estás! Mejor dicho, qué serios están ustedes. ¿Pasa algo?

ROG. Algo ha sucedido que se relaciona estrechamente con el hombre que tú quieres y que hace en absoluto imposibles vuestras relaciones.

M. LUZ. ¿Imposibles?

ROG. Sí, hija mía. Imposibles.

M. LUZ. ¿Y por qué?

EMI. Amparo y ese hombre, se conocían...

M! LUZ. ¡Oh!

ROG. Fué amiga suya en Madrid.

M. LUZ. ¡Infame! Por algo la odié desde el primer momento. ¡Y llegaste a quererla, padre mío! ¡Maldita mujer!

EMI. Ella no.

M. LUZ. ¿Aún la defiende usted?

EMI. Ella, no, te repito. Y como tu deber es darte por enterada de lo ocurrido y callar..., ya que con tu odio, sin querer, contribuíste a empujarla al abismo, reverencia con el silencio el momento presente.

M. LUZ. ¡Maldita, sí! !Maldita mujer!... Olvida y sé feliz, papá. ¡Yo te querré siempre, siempre!

ROG. ¡Hija mía!

EMI. Tiene razón, María Luz... Ciega para ver. Pero si no quieres vivir en una eterna tortura, ciega para ver el mundo a tu antojo, y las personas que te rodeen, con la hermosa ficción que los ciegos contemplan, a su modo, en el misterio de la obscuridad... Así, y únicamente así... ¡Es tolerable la vida!

TELON

FIN DE LA COMEDIA

PRECIO: 3 PESETAS